

PARADOJAS DE LA DEMOCRACIA: NOTAS SOBRE LO POLITICO MODERNO Y EL SOCIALISMO*

Francisco Galván Díaz**

I. Luego de la segunda guerra mundial, la humanidad y no sólo el amplio espectro del *capitalismo tardío*, alcanzaron grados de complejización antes no experimentados. Se comenzaron a presentar permanentemente formas de monopolización y centralización económicas y políticas, conglomerados sistémicos de empresas públicas y privadas y, también se profundizaron los procesos estatistas de intervencionismo, la internacionalización de

* Partimos del hecho aceptado de que *lo político moderno* se define a partir de la problemática decisional. El punto clave de la reflexión científica de la política es la cuestión relativa a la toma de decisiones (de esto hablan *v.gr.*, la gran mayoría de los teóricos de las élites, en cierta medida los de la teoría sistémica, del "mercado" e "intercambio político", pero también otros que pueden reducirse por razones de comodidad bajo el título de "teóricos de lo eficaz", tal es el caso de algunos "militantes políticos"). Pero, si la toma de decisiones es el objeto de lo político moderno, entonces, para explicarlo sería necesario dar cuenta no sólo de los procedimientos o modos a través de los cuales esas decisiones son tomadas, sino también de los sujetos y objetos de las mismas. Sería necesario acudir al quién toma la decisión, qué decide, cómo lo hace, para quién decide, etcétera, de otro modo podría ser muy probable que la reflexión sobre lo político moderno se limitara a ser una simple descripción de la manera (del procedimiento) en que se toman las decisiones —de su racionalidad formal— pero no de su incidencia real en el curso de las sociedades. El atender preferentemente al procedimiento "técnico" no permitiría visualizar el hecho de que una decisión política de ninguna forma es algo técnico-puro, sino esto más el concentrado institucional y/o no de fuerzas en conflicto. Un enfoque críticamente novedoso puede encontrarse en SFEZ, Lucien, *Crítica de la decisión*. FCE, México, 1984. Libro que desgraciadamente llegó a nuestras manos después de la redacción de estas notas, pero que parece centrarse en el "problema técnico de las decisiones". Dentro de la línea formalista, también es accesible en español: EDWARDS, W. y TVERSKY, A., *Toma de decisiones*. FCE, México, 1979.

** Profesor e investigador del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco y de la Unidad de Ciencia Política, EFyL, UAP.

los poderes y la diversas formas de alienación social, definida como participación dependiente en la toma de decisiones que afectan a las sociedades nacionales. El crecimiento geoméricamente expansivo de la ciencia y de la técnica, y su traslación a todos los terrenos de la vida social, devino una constante de la convivencia social contemporánea. Según un exalto funcionario norteamericano, e investigador de Harvard, los cambios institucionales operados desde 1950 en los países más desarrollados, llevan a pensar que en el desarrollo de las economías nacionales y en la solución de los principales problemas políticos y sociales, la investigación industrial (ligada originalmente con la planificación militar), es un instrumento para la ejecución, nada despreciable. De aquí que en la relación entre la ciencia y el gobierno, la ciencia adquiera una nueva dimensión, un interés inédito para las prácticas de los especialistas en ciencias sociales.

II. A partir de la segunda posguerra la *ciencia pura*, en el espacio multiforme de lo social, perdió tal carácter. Las ciencias sociales junto con y al lado de nuevas disciplinas, dejaron de ser definitivamente una simple reflexión de cubículo o de *laboratorio*, a los ojos y *al servicio* de los poderes establecidos y también de aquellos que pretenden sustituirlos (moderada o radicalmente).

A partir de ese momento se comienza a contemplar la posibilidad de extraer una tecnología de la ciencia social: se analiza un problema, se decide una respuesta, se evalúan los resultados. ¿Pero quién opera el análisis? ¿Quién decide qué analizar y la orientación de la *praxis*? ¿Quién evalúa? ¿Es ésta una problemática eminentemente técnica? Pensamos en una respuesta negativa. Ciencia y técnica son en la actualidad, al margen de cualquier duda, un componente inevitable de la vida política si es que consecuentemente se quiere inmiscuirse, involucrarse en ella; pero ellas son a la vez, justamente, un componente esencial de su dificultad¹. La necesaria incorporación de la ciencia y la técnica en la gestión de la sociedad, no es pues un hecho llanamente “técnico” o de “aplicación” de los conocimientos. La instrumentación del saber desde el poder tiene que ver, de modo mediato e inmediato, con el ejercicio multiforme de la *democracia*, con la relación entre gobernantes y gobernados².

Nuestras sociedades son cada vez más complejas, el conflicto social es creciente y sus modos de concreción organizacional también. Lo que algunos autores han tipificado como acción de seducir, manipular e integrar a las *masas*, opera en gran medida mediante la fusión del saber con el poder: la voluntad política, la toma de decisiones, debe ser por ello una voluntad fundada e informada, o fracasa: mas cuando se sabe que en nuestras sociedades no siempre se tiene capacidad para dar respuestas a las demandas de bienestar social, y por si fuera poco, estas sociedades son contingentes en su curso histórico. Todo esto son realidades difíciles de ocultar o de negar. Empero ni la especialización, ni la competencia —fundamentos de la ciencia y la técnica—, trasladados a la vida política y a su elemento configura-

¹ CERRONI, U., *Técnica y libertad*. Ed. Fontanella, Barcelona, 1973, p. 9.

² *Ibid.*

dor (las decisiones), eliminan que en la toma de decisiones para la solución o promoción de problemas, se den sujetos y objetos de las mismas. Y ésto no es sólo un problema técnico, es a la vez, en el amplio sentido de la palabra, un problema del orden ideológico-político: *un asunto de la democracia, de la relación gobernantes-gobernados*.

III. La ciencia social y otras disciplinas que le son afines —como la telemática, la informática y la cibernética—, aparecen como un cimiento constitutivo de la acción política: de la acción gubernamental y hasta ahora sólo en muy contados casos, de las fuerzas organizadas —formal e informalmente— de la contestación. Hoy decidir tácticas y estrategias supone una apertura creciente del conocimiento necesario para la acción, de manera que se tienda a reducir la incertidumbre y a través de una cierta racionalidad se den márgenes mayores de eficiencia y eficacia en esa acción. Esto es un hecho real que no debería eludir ninguna fuerza social en el mundo contemporáneo. La aplicación de la ciencia en el capitalismo tardío y en el llamado socialismo realmente existente, la extensión de la racionalidad científica al vínculo entre gobernantes y gobernados, ha dejado atrás la decimonónica idea de una ciencia como simple dominación de la naturaleza y ha ampliado sus expectativas hasta la necesidad del control social: ha venido a hacer realidad el viejo sueño de la razón positivista, el control, y sólo en muy contados casos, para hablar con mayor margen de verdad, se ha detenido en la exigencia de ampliar los rasgos democráticos de las sociedades.

IV. La oposición (de izquierdas) no siempre es consciente del papel real de la ciencia y la técnica en la acción política, a no ser —en la mayoría de los casos— como mero enunciado. Paradójicamente todavía hay quienes *v.gr.*, instalados en el viejo esquema marxiano creen que el simple desarrollo de las *fuerzas productivas* va aparejado del progreso y bajo esta idea no se percatan del sinfín de atrocidades y horrores congénitos al progreso, tal y como lo hemos conocido hasta hoy: la posibilidad de una guerra nuclear o químico-bacteriológica que destruiría al mundo; un posible desastre ecológico mundial; los mecanismos automatizados de control social de los ciudadanos en la RFA, EUA, la URSS, etcétera. Que quede claro, aún con todo y lo anterior, no nos son ajenas las virtudes del progreso en diversos campos como en el de la salud y la sanidad, el abasto, etcétera.

V. *Lo político moderno* se presenta así como la expresión máxima del cumplimiento de la racionalidad: la implantación de la acción política (“racional”) con arreglo a fines, o en otras palabras, como gobierno de la complejidad social mediante el especialismo y las competencias; pero no sólo como “el gobierno de la complejidad social”, sino también como la lucha por el control de ese gobierno. Weber sostuvo que el partido de la burguesía es la ciencia³, y aunque no vivió las *democracias del este*, segura-

³ MARRAMAO, Giacomo., *Lo político y sus transformaciones*. Siglo XXI Editores, México, 1982, p. 30.

mente hubiera afirmado que la ciencia es también en gran medida “el partido” de las tecno-burocracias dominantes. En todo caso no le faltó razón: ¿Cómo sostener hoy una política económica, una política social y procesos de política-política, y cómo reproducirlos ampliadamente sin la ciencia?

Hay algunos datos que tienen que ver con el interrogante anterior. Luis Aguilar Villanueva nos proporciona una muy sugerente reflexión al respecto que citamos en su totalidad abusando de la confianza de los lectores:

“En efecto, si el crecimiento económico depende fundamentalmente de la presencia y progreso de la ciencia y la técnica, entonces, depende prácticamente del saber y del saber especializado, de los *especialismos*, en concreto de los funcionarios especializados, del personal gerencial y administrativo, de los *intelectuales*. Esta dependencia significa el predominio de los que dominan gracias al saber en la toma de decisiones, la dirección, la gestión, el control de todo el proceso productivo de la *sociedad en su conjunto*. Cuando el desarrollo del sistema productivo social está determinado por la institucionalización social de la lógica de los procedimientos científico-tecnológicos es entonces ineludible, realísimamente, la burocratización de la sociedad, la separación entre dirección ilustrada y ejecución subordinada en el proceso de producción. Si a esto añadimos la obligada presencia activa del Estado dentro del desarrollo económico, dado que dejado a sí mismo entra en crisis, asistimos a una expansión cada vez más numerosa, estratégica e imprescindible del cuerpo de funcionarios dentro del proceso productivo social general⁴.

VI. Según las consideraciones antes expuestas, no es aventurado afirmar que si los partidos políticos, las organizaciones tradicionales de los dominados y los nuevos sujetos sociales, no capitalizan para sus causas al saber, pueden ser ya hoy entes al margen de *lo político moderno*, e incluso encontrar graves problemas en su funcionamiento interno. Giacomo Marra-mao ha señalado correctamente, siguiendo a Gramsci, que cuanto más se inerva el Estado en la *Sociedad civil*, tanto más se autonomizan sus instancias de decisión y control de la dinámica social. “Al llevarse a cabo el proceso de la racionalización, también la política se convierte en un *especialismo*, como *política de profesión*”⁵. Y esto, insisto, no debe ser ignorado en el quehacer cotidiano de la oposición (de izquierdas). Cosas por el estilo obligarían a repensar hoy día, incluso, los viejos fines últimos de la tautología del *mundo feliz*, del comunismo.

VII. Resumiendo en parte, puede decirse, esta vez siguiendo a Habermas, que la progresiva racionalización de las sociedades coincide con la institucionalización del progreso científico-técnico, y que

⁴ AGUILLAR VILLANUEVA, Luis., *Política y racionalidad administrativa*. INAP, México, 1982, pp. 68-69.

⁵ MARRAMAIO, G., *Op. cit.*, p. 30.

“(. . .) en la medida en que la técnica y la ciencia penetran los ámbitos institucionalizados de la sociedad, y por ende transforman las instituciones, decaen y desaparecen las antiguas legitimaciones”⁶. ¿Qué significa esto?

Quiere decir, sobre todo en el tiempo actual, que ni la política económica-social ni la política-política, ni la toma de decisiones que las determinan, se presentan como un asunto público en el sentido de la participación de las masas, y sólo de modo muy mediado y mediatizado aparecen en las organizaciones de las mismas. Ciencia y técnica, recuérdese, obedecen a especialismos y competencias muy marcadas. La voluntad política es la que resulta de los especialistas, en muchos casos a instancias de sus *líderes políticos*. La política es así una acción social a nivel de *opinión pública* y ésta, de nuevo, en un arte de círculo vicioso, es también una cosa de los especialistas e intelectuales, no de la masa. Desde el poder se argumenta que como la política económica y la política social son *tareas técnicas*, no es necesario someterlas a la discusión pública:

“Las discusiones públicas sólo tienen la posibilidad de problematizar sobre las condiciones marginales del sistema, dentro del cual las tareas estatales se presentan como meramente técnicas”⁷.

Los procesos de formación, derogación o abrogación de leyes siguen el mismo curso. Política-economía-derecho-administración, son cosa de la ciencia y de las decisiones o voluntades políticas fundadas e informadas. Frente a esto, que Habermas llama *conciencia tecnocrática*, en cuanto que es asumida como propia por masas despolitizadas, resulta un hombre-genérico que se

“(. . .) autorreifica (. . .) con base en las categorías de la acción racional y de la conducta adaptativa”⁸.

VIII. No es el caso entrar ahora en una discusión profunda del planteamiento habermasiano acerca del nuevo papel de la ciencia y la técnica, o de la tecnología como ideología de nuevo tipo en las sociedades del capitalismo tardío. Con el fin de abreviar términos, queremos defender con Alvin Gouldner que la lealtad de las masas tiene hoy la tendencia a mantenerse más bien por el condicionamiento de gratificaciones que por convicción ideológica:

“Como existe una creciente relación entre el consumismo, la productividad, la ciencia y la tecnología, muchos en la sociedad tienden a asociar su creciente goce de la vida —la mejora en el nivel de la vida— con la tecnología. Pero en estas circunstancias, no es correcto decir que la

⁶ HABERMAS, Jürgen., *Técnica y ciencia como ideología*. Revista A. No. 3, México, Vol. II Mayo-agosto de 1981.

⁷ *Ibid.*, pp. 74-75.

⁸ *Ibid.*, p. 70.

tecnología se convierte en la nueva ideología y reemplaza a la ideología; más bien, reprime el problema ideológico e inhibe la creatividad y adaptación ideológicas. La nueva tecnología no se ha convertido en una ideología de masas, sino que, más bien, para la mayoría de la población la obediencia está condicionada por las gratificaciones que asocia con la tecnología”⁹.

IX. Así planteadas las cosas parecería que la fusión creciente de la ciencia y la técnica con la política, y su expresión en la toma de decisiones es un círculo diabólico sin salida. Por ejemplo, Horkheimer ha señalado que la relación directa entre gobernados y gobierno es hoy muy reducida, por no decir que nula. Entre ellos median los partidos, los medios de comunicación de masas y muchas otras instancias e institutos, amén de los usos, costumbres, tradiciones y convenciones. A su vez, sobre los partidos y los medios de comunicación de masas actúa el gobierno (no sólo el gobierno político-administrativo, sino también el de los grandes consorcios privados), y sobre el gobierno, las masas casi no pueden influir. Una cosa es cierta: el impacto de la ciencia y la técnica en la política (toma de decisiones) y la explosión crecientemente urbanística de las sociedades (con todas sus implicaciones), han llevado a la conformación de un individuo al que le es imposible tener una visión de conjunto de *lo político* y de *sus razones*:

“cuanto más extenso es el servicio de noticias, cuanto más brillante es su actuación, más confusa resulta la imagen del mundo”¹⁰.

X. Frente a lo anterior, la idea de *un control de lo político moderno* por medio de la consciencia y participación directa de todos, o al menos de las mayorías, suena a algo ingenuo, aunque ética y moralmente no se compara el asunto de la ingenuidad:

“(. . .) el hecho de haberse acortado las distancias en el mundo, lleva consigo que cualquier paso político sólo puede ser juzgado/ y realmente determinado/ por una hueste de expertos en cuanto a sus repercusiones”¹¹.

Además, de aquí nace un grave problema: ¿Resulta éticamente responsable, y serio, en función de aquello que Gramsci mantenía acerca de las relaciones entre el quehacer político y la verdad (“en política siempre es necesario decir la verdad”), ofrecer o levantar como bandera el paraíso finalista del comunismo, como recompensa de los esfuerzos de cientos de miles o de millones que luchan contra todo tipo de dominación y opre-

⁹ GOULDNER, Alvin., *La dialéctica de la ideología y la tecnología*. Alianza, Madrid, 1978, especialmente pp. 286-309, p. 305.

¹⁰ HORKHEIMER, Max. *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*. Ediciones Península, Barcelona, 1976, p. 78.

¹¹ *Ibidem*. Ver *Poder y conciencia*, ensayo de 1962, incluido en el libro que se cita antes.

sión? Esta cuestión se remite a otra igualmente importante: Si lo *político moderno* es la toma de decisiones, como hecho del acontecer social concreto y como objeto de estudio ¿puede acaso sostenerse con responsabilidad y seriedad, la eliminación posible en el mañana de la disociación entre trabajo manual e intelectual, entre *simples e intelectuales* o *especialistas*?, disociación que al fin y al cabo se halla en la base de cualquier democracia como *praxis*, y que de modo frecuente está ausente en la teorías acerca de ella. La respuesta es obvio que no nos corresponde. . .



EL Cotidiano
Publicación de la Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco

Los Artículos firmados son responsabilidad del autor.
Informes y correspondencia para *El Cotidiano* y los talleres de Información económica y análisis político, dirigirse a:

UAM-AZCAPOTZALCO

División de Ciencias Sociales y Humanidades Av. San Pablo 180. Col. Reynosa Tamaulipas
Delegación Azcapotzalco. C P. 02200. Tel.: 382-50-00 ext. 264, 265 y 266.